



Como un arquetipo, alusivo a un tiempo de cambio y ansias de libertad, ha quedado en nuestra memoria el verso de Blas de Otero 'Nos queda la palabra', al que le puso música Paco Ibáñez. Ese verso ha permanecido como un cliché para decirnos que, en tiempos de tantos poderes globales y de desinformaciones, de tanto exceso de mensajes, nos queda la palabra como refugio último, la que testimonia, pero también la que siente, la que puede escribirse para un manifiesto y para un poema, la palabra que copia la realidad y la que la trasciende.

Pero yo complementaré el lamento-solución de Otero diciendo: «Nos queda la música». Es probablemente esta excelsa forma del Arte la única que puede ir más allá de la palabra, por muy inspirada que ésta sea. Nos queda la música para recibir mensajes esenciales. Pienso así cuando recibo y abro un valioso libro publicado por las Ediciones de la Universidad de Salamanca y del que es autor una persona que cuenta mucho en la gran música en nuestra ciudad, Bernardo García-Bernalt Alonso. Me refiero al Catálogo del Archivo de Música de la Capilla de la Universidad de Salamanca.

Esta obra posee un inmenso valor. En primer lugar, por ser un de-

El libro de García-Bernalt supone un esfuerzo erudito e investigador de primer orden

ANTONIO COLINAS



ARMONIZANDO

NOS QUEDA LA MÚSICA

En tiempos de desinformaciones y de exceso de mensajes, nos queda la palabra como refugio último, la que puede escribirse para un manifiesto y para un poema, la que copia la realidad y la que la trasciende

pósito esencial del Arte en una ciudad que nos ha legado un patrimonio precioso. El libro supone un esfuerzo erudito e investigador de primer orden, pero yo insistiría en lo que supone haber salvado (y ahora haber fijado en un Catálogo) este riquísimo patrimonio cultural. Por eso, ante esta obra, bien podemos decir: «Nos queda la música», la referencia última de un mensaje especial que sana y salva en tiempos de tanta palabrería engañosa. Enseguida he ido en busca del nombre y de las obras de Juan Antonio de Aragüés (siglo XVIII), uno de los compositores más señalados, y de la ficha de su osada 'Salve para 5 violines'. Pero podía

haberme detenido en sus deliciosos villancicos, motetes o misas.

Y pienso, repasando las páginas de esta rica y voluminosa obra, que hay que seguir interpretando y grabando -sacando a la luz- tantas obras aún inéditas de una treintena larga de compositores con nombre, o anónimas. Descubro también que, junto al copioso inventario musical, se salvan las palabras. Nos basta con leer la relación de incipits de las obras. En ella, música y palabra recuperan su plena poesía, su convivencia armónica, que no simula ni engaña. Puro Arte. Valioso tesoro nada oculto gracias a este libro. Y aquí, en Salamanca.



Pentagrama musical.